

Creer no es lo mismo que comprender

Vivimos aceptando realidades que superan con creces nuestra capacidad de comprensión exhaustiva. Usamos un mapa sin conocer al cartógrafo, confiamos en su representación del terreno sin haber recorrido cada centímetro por nosotros mismos. Esta condición humana, casi invisible en lo cotidiano, adquiere una importancia estratégica en la vida espiritual. La distinción entre confiar en el mapa —la fe— y conocer el territorio —la comprensión— no es un mero matiz teológico; define la naturaleza misma de nuestra jornada. Es el espacio donde se juega la madurez, la resiliencia y la autenticidad de nuestra relación con Dios.

La cultura contemporánea, tanto secular como religiosa, a menudo incurre en una falsa equivalencia, confundiendo el acto de creer con el estado de comprender. Se asume, erróneamente, que tener fe es sinónimo de poseer un conocimiento intelectual completo y sin fisuras. Sin embargo, los conceptos fundamentales de la tradición cristiana nos invitan a una diferenciación crucial. La *revelación*, definida como la actividad por la cual Dios se hace conocer, es el punto de partida. La *inspiración*, por su parte, es el proceso de recibir y registrar esa verdad. La fe, por tanto, es la respuesta inicial del corazón a la revelación divina; es el acto de aceptar el mapa que Dios nos ofrece. La comprensión, en cambio, es el esfuerzo posterior y continuo de la mente por procesar, asimilar y vivir lo que el corazón ya ha creído. Ignorar esta distinción no es un error menor; es arriesgarse a una fe que es o bien un cascarón doctrinal vacío o un sentimentalismo sin fundamento, incapaz de resistir tanto la duda interna como el escrutinio externo.

¿Cuál es, entonces, la relación adecuada entre la fe que nos salva y el entendimiento que nos madura? Esta pregunta nos sitúa, no en busca de una fórmula sencilla, sino al inicio de un camino de honestidad intelectual y profundidad espiritual, un camino que honre tanto la confianza del inicio como la búsqueda diligente que le sigue.

La fe como fundamento, no como destino final

Antes de cualquier análisis teológico, antes de la construcción de cualquier sistema doctrinal, la vida cristiana se inicia con un acto de confianza. La fe es el punto de partida, el fundamento indispensable sobre el cual se edifica todo lo demás. En nuestra búsqueda de certezas intelectuales, a menudo perdemos de vista este principio elemental: la relación con Dios no comienza con la comprensión, sino con la rendición.

El apóstol Pablo, en su epístola a los Romanos, establece este principio con una claridad radical. La justificación, nos dice, no es para el que obra buscando merecerla, sino «para aquel que no obra, sino que cree» en Aquel que justifica al impío. Este principio de la gracia desmantela cualquier pretensión de que la fe sea un logro intelectual o un mérito moral. No es la culminación de un proceso de entendimiento, sino la recepción humilde de un regalo inmerecido. Es el verdadero punto de partida, al que a veces solo se llega tras una vida de fracasos en el intento de justificarnos a nosotros mismos.

Sin embargo, es crucial diferenciar entre una *fe asumida* y una *fe comprendida*. La primera es aquella que se hereda cultural o familiarmente, una simple profesión que puede ser, como advierte Lewis Sperry Chafer, una «fe superficial» que no es salvadora. Es un cascarón vacío, carente de la resiliencia necesaria para soportar las pruebas o las preguntas difíciles. La segunda, la fe comprendida, es aquella que ha sido examinada, cuestionada y apropiada personalmente. No teme a las preguntas, sino que las utiliza como herramientas para profundizar en la verdad que ha abrazado.

Si bien la fe es el cimiento indispensable, una casa no puede consistir únicamente de cimientos. Debe ser edificada. Esta gracia, precisamente por ser inmerecida, exige una respuesta que vaya más allá de la simple aceptación. Recibir un don de tal magnitud sin buscar comprender su profundidad y sus implicaciones es arriesgarse a tratarlo con superficialidad, reduciendo el amor escandaloso de Dios a una mera transacción. Sobre el fundamento de la fe, estamos llamados a construir el edificio del entendimiento.

El imperativo de la comprensión y los riesgos de una fe inexplorada

La tradición cristiana, lejos de abogar por una fe ciega, nos presenta un imperativo claro: amar a Dios no solo con el corazón y las fuerzas, sino también con toda la mente. La existencia misma de disciplinas como la teología sistemática, la hermenéutica y la apologética es un testimonio elocuente de que la fe no es un llamado a la anulación del intelecto, sino una invitación a la búsqueda rigurosa del entendimiento. La pregunta central, como lo plantea un prefacio teológico, no debe ser «¿qué piensan los teólogos importantes?», sino «¿qué enseñan las Escrituras?». Es un llamado a la investigación, a la reflexión y a la articulación de lo que creemos.

Una fe que rehúye el pensamiento se expone a peligros graves y concretos con consecuencias profundas para la vida espiritual. El primer riesgo es la **vulnerabilidad a la herejía**. Las grandes controversias de la historia de la Iglesia surgieron de intentos, a menudo bien intencionados pero erróneos, de comprender la naturaleza de Cristo. Como señala el análisis de Evis L. Carballosa, la escuela teológica de Antioquía tendía al nestorianismo, estirando la distinción de las naturalezas divina y humana hasta el

punto de una doble personalidad, mientras que la escuela de Alejandría se inclinaba al monofisitismo, donde la naturaleza divina absorbía a la humana. Una fe no reflexionada es incapaz de navegar estas complejidades y se vuelve presa fácil del error, incapaz de discernir entre la ortodoxia que protege el misterio y la herejía que lo simplifica destrutivamente.

Un segundo peligro es la **superficialidad espiritual**. Una fe que se contenta con la simple profesión, sin buscar profundizar mediante el estudio, carece de raíces. Es a esta condición a la que Chafer se refiere como una «fe superficial», una que puede no ser genuinamente salvadora. Al no ser alimentada por el entendimiento, no desarrolla la resiliencia necesaria para soportar las pruebas, las dudas o las crisis de la vida, convirtiéndose en una estructura frágil, susceptible de derrumbarse ante la primera tormenta.

Finalmente, una fe inexplorada conduce a la **incapacidad para el diálogo**. Un mundo escéptico no se satisface con respuestas simplistas. Una fe no articulada se vuelve incapaz de entablar un diálogo con una cultura que, con o sin razón, exige evidencia. Se vuelve irrelevante para un mundo que pide las bases para un «veredicto», como lo articula el tipo de razonamiento que sustenta obras apologéticas como las de Josh McDowell. Al no poder dialogar, esta fe se recluye en sí misma, perdiendo su capacidad de ser sal y luz. El mandato de comprender no es un intento de despojar a la fe de su misterio, sino de honrar ese misterio con la mejor herramienta que se nos ha dado: la mente.

La tensión creativa: Misterio y razón en la vida del creyente

La madurez espiritual no consiste en resolver todas las dudas, sino en aprender a vivir con honestidad y reverencia dentro de la tensión entre lo que la revelación nos pide creer y lo que nuestra razón finita puede asimilar. Esta tensión no es un signo de debilidad, sino la marca de una fe dinámica. La teología no presenta sus grandes misterios como contradicciones a ser descartadas, sino como verdades transracionales, realidades reveladas que trascienden la lógica finita. El propósito del entendimiento aquí no es «resolver» el misterio como un acertijo, sino articularlo con la mayor precisión posible —como lo hicieron los grandes concilios— para protegerlo de las simplificaciones heréticas que lo despojarían de su poder.

El más fundacional de estos misterios es la doctrina de la **Trinidad**, que afirma que Dios es «uno en ser y sustancia, poseyendo tres distinciones personales» que se nos revelan como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta es una verdad central creída por revelación, pero que desafía la lógica matemática simple. Es una realidad única que la mente puede articular, pero no desentrañar por completo. No menos desafiante para la razón finita es el misterio de la **Encarnación**. La unión de dos naturalezas, una

plenamente divina y otra plenamente humana, en la única persona de Cristo es, como la describe Charles Hodge, una verdad fundamental de la fe universal de la Iglesia. Se le ha llamado el «misterio de la piedad»: cómo el Creador eterno pudo asumir nuestra humanidad finita sin dejar de ser quien era. Finalmente, la fe nos invita a sostener en una tensión fructífera la **soberanía divina y la voluntad humana**. Las Escrituras presentan, por un lado, la soberanía absoluta de Dios en la salvación, descrita con términos como «gracia eficaz», y por otro, la responsabilidad genuina del ser humano. La fe abraza ambas verdades sin pretender resolver el nudo teológico que las une.

La comprensión, por tanto, tiene un límite. Más allá de ese límite, la respuesta más sabia no es la especulación sin fin, sino el silencio y la adoración. Reconocer que no todas las preguntas tienen respuestas sencillas es un acto de humildad intelectual. El objetivo de la vida cristiana no es llegar a un destino de conocimiento absoluto, sino aprender a caminar en este equilibrio dinámico, donde la fe ilumina el camino que la razón aún no puede ver con total claridad.

Conclusión: Habitar en la pregunta

«Creer no es lo mismo que comprender», pero este ensayo no es una invitación a elegir entre ambos, sino a abrazar la peregrinación que los une. La vida de fe no es la posesión estática de un conjunto de verdades frías, sino un viaje dinámico entre la confianza del corazón y la búsqueda incansable de la mente. Es un mapa que se nos entrega por gracia y un territorio que estamos llamados a explorar con diligencia durante toda la vida.

Se nos anima a ver nuestras preguntas y dudas no como fallas en nuestra fe, sino como las herramientas mismas que Dios utiliza para llevarnos a una comprensión más profunda y a una confianza más robusta. El mero acto de escribir y leer teología sistemática, de analizar la hermenéutica o de defender la fe, es en sí mismo una declaración de que el estudio es una forma de adoración. Es amar a Dios con la mente.

Quizás, la fe más auténtica no es la que presume de tener todas las respuestas, sino la que ha aprendido a vivir con reverencia en la belleza de las preguntas.